

# LA EXPEDICIÓN DEL CONDE DE ARGELEJOS A FERNANDO POO, PRIMERA PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL GOLFO DE GUINEA

José CERVERA PERY  
General Auditor  
del Cuerpo Jurídico Militar

## Un marco evidentemente histórico

África no interesaba a Europa, y este sentir no declinó en muchas cancillerías europeas —España estaba al margen— hasta muy avanzado el siglo XIX. Antes, solo Portugal había llegado al ecuador africano, donde incluso llegó a crear un reino cristiano en el Congo, fijando así los principios de una penetración soberana en Angola. Años más tarde, en 1472, un navegante luso, en plena ruta de las operaciones, encuentra dentro de la bahía de Biafra una isla de sorprendente belleza a la que, impresionado por su hermosura y exuberancia, bautiza como «Fermosa», nombre que la historia cambiará por el de su descubridor, Fernando Poo. Veinte años más tarde, Pedro Escobar y João de Santarem descubren la isla de Annobón. Estas dos islas, junto a las de Santo Tomé y Príncipe, integrarán el distrito portugués del Golfo de Guinea, creado a varios siglos vista de cualquier penetración española en la zona.

Casi trescientos años durará esa hegemonía portuguesa en las islas africanas, mientras España sigue otros rumbos colombinos porque, como se ha escrito, ningún otro país como Castilla podía a principios del siglo XVI hacer frente a la enorme tarea de incorporar a su corona un nuevo mundo. Después, con España y Portugal en guerra, los piratas holandeses no perdieron la oportunidad de apoderarse de aquellas islas y desarrollar en ellas el lucrativo tráfico de esclavos, hasta que años más tarde vuelvan al dominio lusitano.

El 6 de octubre de 1777, España y Portugal suscriben el tratado de San Ildefonso, en el que de forma reservada se incluía un anexo referente a África. Este tratado es ratificado y ampliado por el suscrito el 24 de marzo de 1778 entre Carlos III y María de Portugal, cuyo principal objeto era zanjar los litigios sobre límites existentes entre los dos países. Por dicho tratado, y con Colonia de Sacramento como moneda de cambio, Portugal cede a la corona de España la isla de Annobón, en la costa de África, «con todos los derechos,

posesión y acciones que tiene en ella, para que desde luego pertenezca a los dominios españoles, del mismo modo que hasta ahora ha pertenecido a la corona de Portugal. Igualmente cede S.M. Fidélísima (la reina de Portugal), en su propio nombre y en el de sus herederos, todo el derecho y acción que tienen o puedan tener a la isla de Fernando Poo, en el golfo de Guinea, para que los vasallos de la corona de España se puedan establecer en ella y negociar en los puestos del río Gabón, los Camarones, Santo Domingo, Cabo Formoso y otros de aquel distrito». Es decir, toda una amplia zona del África ecuatorial, comprendida entre Cabo Formoso —hoy territorio de la república de Nigeria— y Cabo López —hoy en la república de Gabón—, lo que implicaba que España ostentaba un pleno derecho de soberanía desde las caudalosas bocas del Níger hasta la espléndida desembocadura del Ogogue. Todo ello un siglo antes de que Inglaterra y Francia hicieran su aparición en esas latitudes.

Formalizadas las negociaciones, España se preparó para tomar posesión de aquellas desconocidas pero atrayentes islas del golfo de Guinea, misión que fue encomendada a una expedición que tuvo la particularidad de ser preparada y organizada en el Río de la Plata. Además, debía partir de Montevideo, sede del apostadero naval de la Real Armada, con la evidente intención de resaltar la posición geoestratégica de Fernando Poo dentro del vasto espacio oceánico asignado al apostadero, y de estrechar la vinculación de dichas islas con el virreinato del Río de la Plata. Su activo virrey, don Pedro de Cevallos, fue quien asumió la responsabilidad de cumplir con las tareas de preparar y organizar la mencionada expedición, para lo que utilizó tropas y recursos que pertenecían a Santa Catalina y Colonia de Sacramento, tierras que bajo su mandato se habían arrebatado a los portugueses en 1777. Para el mando de la empresa designó al brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos don Felipe de los Santos, conde de Argelejos, quien además debía ocuparse de ejercer el cargo de gobernador y jefe militar de las islas de Fernando Poo y Annobón. El conde se encontraba en Montevideo después de haber participado en las citadas campañas de Cevallos contra los portugueses, y era hombre de la entera confianza de este. Como segundo jefe de la expedición se nombró al teniente coronel de Artillería don Joaquín Primo de Rivera, que antes de la llegada de don Pedro Cevallos se encontraba prestando servicios en el Río de la Plata. Los efectivos de las tropas procedían de los regimientos veteranos de infantería de Sevilla, Saboya, Galicia, Zamora, Córdoba, Toledo y Guadalajara, y hasta del hijo de Buenos Aires. También se incorporó personal del Cuerpo de Artillería.

Pero la expedición tiene, por la índole de sus objetivos, un amplio componente naval, y a tal efecto, la Real Armada envió desde España a Montevideo las fragatas *Santa Catalina* y *Nuestra Señora de la Soledad*. La primera había zarpado de Cádiz al mando del capitán de fragata don José Varela Ulloa, prestigioso oficial de la Real Armada y notable geógrafo y naturalista (1). Por su

---

(1) Nacido en Villaredo (Galicia), había sentado plaza de guardiamarina en Cádiz en 1759, para desempeñar en sus primeros años actividades de corso contra los piratas argelinos.

parte, la *Nuestra Señora de la Soledad* zarpó de Ferrol con don Ramón Topete como comandante, capitán de fragata también de brillante trayectoria en la Real Armada, en la que alcanzó el grado de brigadier en 1802 (2).

Una vez llegadas a Montevideo las fragatas, se les incorporó el paquebote de la Real Armada *Nuestro Señor Santiago*, al mando del teniente de navío don José de Grandallana. Con estos tres buques quedó constituida la escuadrilla expedicionaria, bajo el mando del capitán de fragata Varela Ulloa, conde de Argelejos, quien izó su insignia en la *Santa Catalina*.

## La expedición al golfo de Guinea

Terminados los aprestos de la expedición, el conde de Argelejos partió desde Montevideo hacia el golfo de Guinea el 17 de abril de 1778, para llegar a su destino a fines de junio. La travesía no fue fácil, pues durante ella murió don Vicente de Recarte, ministro de la Real Hacienda y contador de la expedición. Mientras se aguardaba la llegada del comisario portugués que debía formalizar la entrega de las islas, los tres buques españoles permanecieron fondeados en Santo Tomé y Príncipe. La espera no resultó cómoda, ya que de inmediato surgieron roces con las autoridades portuguesas a cuenta de la demora en la entrega de las islas a España, y hubo también fricciones entre la población y las tropas españolas, lo que motivó no pocas quejas del gobernador luso. Por fin, el 14 de octubre de 1778 llegó al golfo de Guinea el comisario portugués, capitán de Mar y Tierra don Luis de Castro, y el 24 quedaba definitivamente concertada la transferencia de las islas de Fernando Poo y Annobón a España.

---

Al ascender a alférez de navío fue designado tercer maestro de la Real Compañía de Guardias Marinas de Cádiz, y posteriormente, como teniente de navío embarcó en la fragata *Rosalía*, para situar la isla de Trinidad. Siendo ya capitán de fragata realiza numerosos levantamientos hidrográficos y cartográficos en las costas africanas. Entre 1778 y 1779 se encuentra en el golfo de Guinea como jefe naval de la expedición que nos ocupa. En 1782 vuelve a América del Sur como integrante de la comisión demarcadora de límites que había de cumplir lo establecido en el tratado de San Ildefonso, y durante el transcurso de esta importante tarea situó astronómicamente las ciudades de Buenos Aires y Montevideo.

(2) Era oriundo de Morón (Sevilla) y había ingresado como guardiamarina en Cádiz en 1759. Luego prestó servicios en distintos navíos efectuando transportes de tropas a Canarias y Baleares y cruceros de protección en la recalada de buques procedentes del Nuevo Mundo. Después de la expedición a Guinea estuvo presente en el bloqueo de Gibraltar, donde logró apresar cuatro embarcaciones enemigas, y participó, como comandante de la fragata *Carmen*, en el bombardeo de Argel. Ascendido a capitán de navío, y en calidad de comandante del *Magnánimo*, tomó parte en la guerra contra la Convención, y como jefe del arsenal de Ferrol defendió en 1800 la ciudad de los ataques ingleses. A fines de 1803 fue nombrado comandante general del arsenal de La Carraca, cargo que ejerció durante seis años siendo jefe de escuadra. En 1810 defendió la isla gaditana de los ataques de las fuerzas napoleónicas del mariscal Soult, y fue inspector y comandante general de los Regimientos de Infantería Real de Marina.

Pero las dificultades seguían haciéndose presentes. El 14 de diciembre, a bordo de la fragata *Santa Catalina*, falleció de «enfermedad natural» el conde de Argejejos, que fue sustituido en el mando de la expedición y en el gobierno militar de las islas por el teniente coronel de Artillería don Joaquín Primo de Rivera.

La ocupación de Fernando Poo y Annobón fue una tarea sumamente dura y sacrificada que exigió enormes esfuerzos a los sufridos expedicionarios, inconvenientes que fueron evidentes desde el instante mismo de efectuarse la cesión de las islas. Así lo comenta el virrey del Río de la Plata, don Juan José de Vértiz:

«Saltaron a tierra los comisarios intentando el portugués persuadir al jefe de los negros y demás habitantes de Annobón a que reconociesen y rindiesen vasallaje al rey católico, jurándolo por su legítimo soberano respecto a la cesión que de ellas había hecho Su Majestad Fidelísima. No cabe en la expresión que causó al capitán Mor y Sacristán, principales caudillos de la isla y a su imitación todos los negros y chusma esta proposición, cuando aseguraban ignorar existiesen tales soberanos en el mundo, y no alcanzaban la razón que pudiesen alegar los portugueses para ceder aquellas islas a las que no tenían derecho de propiedad ni el de posesión, y así negando su obediencia y amenazando proceder hostilmente si continuaban en su pretensión se retiraron a aquellos espesos montes».

No obstante quedar advertidos de la hostilidad de los aborígenes de aquellas desconocidas islas, los expedicionarios españoles procedieron a dar inicio a la ocupación de Fernando Poo, en tanto los portugueses colaboraban haciendo lo mismo en Annobón. Para afirmar la presencia de España, los expedicionarios fundaron el poblado de «La Pura y Limpia Concepción» e inmediatamente comenzaron a construir casas, un hospital y una fortaleza. Carpinteros, albañiles, herreros, aserradores y peones se volcaban en un denodado esfuerzo constructor, protegidos por soldados de infantería y artillería, cuyo número no obstante era escaso.

En cuanto a la defensa naval de Fernando Poo —isla a la que se restringía la presencia efectiva de los españoles— y Annobón, estuvo representada por los tres buques que integraban la escuadrilla expedicionaria. Las dos fragatas permanecieron allí destacadas dos años, en tanto que el tercer buque, el *Santiago*, del teniente de navío Grandallana, siguió prestando servicios en aquella región hasta que el establecimiento de La Pura y Limpia Concepción fue abandonado por los españoles.

El carácter eminentemente insular de los nuevos asentamientos exigía que las comunicaciones con el exterior y el abastecimiento se efectuaran necesariamente por vía marítima, por lo que se eligieron como bases logísticas el puerto de Cádiz, las Canarias y la isla portuguesa de Santo Tomé. Así se expresaba al respecto el virrey Vértiz: «... que lo respectivo a víveres y otros auxilios, precaviendo los inconvenientes de la guerra que subsistía contra Inglaterra, se daban las correspondientes órdenes a las islas Canarias para que

allí se surtiesen aquellos establecimientos de lo que necesitasen para su conservación y fomento» (3).

A pesar de los apoyos logísticos recibidos de distintos transportes, los expedicionarios del teniente coronel Primo de Rivera, durante su permanencia en el golfo de Guinea, debieron afrontar graves adversidades, complicaciones y penurias tales como enfermedades, numerosas muertes y la relativamente rápida disminución de las comunicaciones marítimas con el exterior, así como problemas de abastecimiento y de enfrentamiento con las tribus negras nativas, todo ello agravado con la sublevación del sargento Jerónimo Martín, que desposeyó del mando y encarceló a Primo de Rivera. Los auxilios del navío *Santiago*, que arribó desde Tenerife convoyado por la polacra *Santa Engracia*, al mando del capitán de navío don Juan Nepomuceno Morales, tampoco fueron suficientes para alcanzar el fin propuesto, y Martín quedó durante un mes al mando del establecimiento de Fernando Poo. Las razones que el sargento adujo para su rebeldía fueron la insostenible situación que se vivía en la isla, la deficiente alimentación y mal estado de los víveres, y la inadecuada atención de los enfermos. También vertía graves imputaciones contra Primo de Rivera, al que acusaba de no preocuparse por la salud de sus subordinados y de infligirles malos tratos. Pero, para justificar su sedición, el sargento aducía sobre todo el deseo de abandonar Fernando Poo.

### **El fin de una expedición merecedora de mejor suerte**

Neutralizado Primo de Rivera y sus mandos inmediatos, el sargento Martín ordenó a los expedicionarios, en los últimos días de octubre de 1780, embarcar en el *Santiago* para abandonar el poblado de La Pura y Limpia Concepción de Fernando Poo. El virrey Vértiz comenta duramente este hecho: «Finalmente la isla se abandonó con toda la artillería, útiles y obras construidas en aquel establecimiento, las que por posteriores noticias se sabe, fueron arruinadas y entregadas al fuego por aquellos naturales que nunca quisieron tratar con los nuestros, conservándose retirados y escondidos en los bosques y malezas de que está circundada la isla, siendo impenetrable a hombres y animales desde la misma orilla del agua».

El contingente expedicionario, ahora bajo las órdenes del sargento Martín, alcanzó Santo Tomé el 17 de noviembre de 1780; pero, una vez desembarcado y liberado de su encierro, el teniente coronel Primo de Rivera puso inmediatamente en conocimiento de las autoridades portuguesas de la isla y de los oficiales españoles que allí se encontraban —entre ellos, el teniente de navío

---

(3) La situación de conflicto con Gran Bretaña que menciona el virrey estaba motivada por la intervención de España y Francia en la guerra de independencia estadounidense (1776-1783) en apoyo a los rebeldes de las Trece Colonias, que trascendía del escenario meramente norteamericano y ponía en evidente peligro la ruta marítima entre Cádiz, Canarias, Santo Tomé y Fernando Poo

Grandallana— lo sucedido en Fernando Poo y los detalles del acto subversivo que allí había tenido lugar, por lo que Grandallana dispuso encarcelar a Martín y a sus principales cómplices. Los correspondientes sumarios y declaraciones, que se sustancian en los primeros meses de 1781, fueron enviados a España a bordo de la zumaca *Nuestra Señora de la Concepción*, circunstancialmente presente en esos momentos en Santo Tomé y cuyo mando se encomendó precisamente al teniente de navío Grandallana, que murió durante el viaje.

Durante su permanencia en la isla portuguesa, y una vez restablecida un tanto la situación, Primo de Rivera planeó y buscó regresar a Fernando Poo, pero la mala disposición del gobernador portugués a continuar ayudando a los expedicionarios y la indudable disconformidad de estos últimos en repetir una empresa tan arriesgada y peligrosa le hicieron desistir de sus propósitos, por lo que junto con sus hombres permaneció en Santo Tomé hasta 1781. Cuando pudieron por fin salir, lo hicieron a bordo de la fragata portuguesa *Nuestra Señora del Carmen*, comprada exprofeso, y del bergantín *Santiago*, perteneciente al comercio canario. La ruta elegida no discurrió directo hacia España, sino que la fragata y el bergantín pusieron proa a Bahía de Todos los Santos, en razón de la mayor cercanía de la costa brasileña respecto del golfo de Guinea. Esta decisión se tomó por tres motivos: 1, por el riesgo de toparse con buques británicos que entrañaba una navegación más larga; 2, en prevención de no entrar en aguas metropolitanas, ya que en ellas se estaban produciendo algunas acciones navales entre británicos y españoles, como el nuevo sitio de Gibraltar, y 3, porque el brasileño, siendo un puerto relativamente neutral, ofrecía más garantías para fondear y reponer fuerzas.

Por la correspondencia que el teniente coronel Primo de Rivera dirigió desde San Salvador de Bahía al virrey del Río de la Plata, Juan José Vertiz, se sabe que los expedicionarios permanecieron en Bahía de Todos los Santos por lo menos entre febrero de 1782 y enero del año siguiente. Dicha correspondencia es rica en datos e informes que muestran los vaivenes padecidos durante la estancia brasileña. El escrito de Primo de Rivera resumía todo el dramatismo de la empresa:

«... el mísero estado de toda la gente por el mal clima, quebranto con el que vienen las embarcaciones, más muchedumbre de accidentes acumulados, así como por el estrago que ocasionó la intemperie del seno de Guinea contra la salud de los individuos de la expedición de mi cargo, me han puesto en la dura situación, después de haber apurado cuantos medios y recursos me dicta la prudencia, de salir de aquel golfo sin gente, sin dinero, y desesperanzado de nuevos refuerzos con dirección a esas provincias para repararme y esperar órdenes de la Corte. Un caso que ha impedido emprender la navegación a ellas me ha obligado nuevamente a arribar a esa bahía [d]e Todos los Santos en la que se hace precisa alguna demora para la reparación de las dos fragatas que nos conducen y no teniendo fondos con que subvenir a los gastos que originen, he solicitado se me franqueasen caudales de la tesorería real y aviéndoseme (*sic*) negado con pretexto de no haberse practicado jamás semejante

suplemento con las naciones extranjeras, me ha quedado el solo arbitrio de mendigar el favor de un comerciante con el tanto por ciento de premio que este quisiese. Solo la necesidad pudo conducirme a un exilio tan irregular como despreciable, y así, procuraré no más atender a las urgencias previstas e indispensables».

La pesadilla parecía terminar en febrero de 1783, cuando la *Nuestra Señora del Carmen* y el *Santiago* fondeaban en Montevideo con los maltrechos restos de la expedición a bordo. En Montevideo quedaron los pocos supervivientes, esperando órdenes e instrucciones, mientras que el teniente coronel Primo de Rivera emprendía el regreso a España para poner en conocimiento de las autoridades metropolitanas todas las noticias y avatares de aquella dramática empresa (4). Y es de resaltar que, pese al fracaso de la expedición, no se descartase retornar al golfo de Guinea y ocupar Fernando Poo y Annobón, tomando otra vez Montevideo como centro de operaciones. El virrey Vertiz hace referencia a ello en su memoria: «... para que cuando llegue el caso de mejorar la suerte haya de volverse a emprender un nuevo intento de asentamiento en Fernando Poo, conforme a las Reales intenciones de S.M.»

Pero habrían de pasar bastantes años y producirse muchas circunstancias de diferente signo para que volviera a intentarse crear un asentamiento en unas islas, tras lo acordado en San Ildefonso, de pertenencia española.

### **Aquellos marinos adelantados**

La expedición al golfo de Guinea tuvo un acusado perfil marítimo y naval. Estratégicamente, aquellas islas eran útiles para España porque permitían el asentamiento en el sector oriental del Atlántico sur, lo que, agregado al dilatado litoral del virreinato del Río de la Plata en el sector opuesto, suponía dominar un extenso espacio oceánico. Además, con la posesión de Fernando Poo y Annobón quedaba construido el triángulo defensivo español del Atlántico meridional —cuyo núcleo y centro operativo principal sería el apostadero naval de Montevideo— y se ampliaba la jurisdicción del Río de la Plata hasta una amplia zona del África ecuatorial, tierra idónea para fomentar la colonización, la explotación económica y el intercambio comercial.

Todo ello comporta una exigencia de reconocimiento a la abnegada labor de aquellos hombres del botón de ancla, adelantados en el golfo de Guinea y que de modo tan evidente honraron sus hojas de servicios. Destaquemos sobre todo a Varela Ulloa, al que se debe, a través de una interesantísima comunicación dirigida al ministro Gálvez, el conocimiento exacto y minucioso de todo lo sucedido en Guinea a partir del 27 de setiembre de 1778. En este documen-

---

(4) El sargento Jerónimo Martín, promotor de la rebelión, quedó preso en el virreinato; luego, se le destinaría a trabajar en diversas obras públicas de la ciudad, para ser por último indultado.



to explica la anomalía del retraso de la llegada de la fragata portuguesa *Nuestra Señora de Gracia* y describe de forma objetiva y concisa la solemne toma de posesión de Fernando Poo, cuya acta firmaron como testigos, junto a Varela, los tenientes de fragata Baltasar Mexía de la Cerda y José Ezquerro Egui-rrior y el alférez de navío Luis de Agreda. El teniente de fragata Ezquerro fue el primer oficial español que desembarcó en Santo Tomé, para cumplimentar al gobernador y hacerle saber la paz firmada entre Portugal y España, circunstancia que este ignoraba y que Ezquerro acreditó con unos pliegos de la Reina Fidelísima.

Tras el fallecimiento de Argelejos, Varela Ulloa no permaneció mucho en Guinea, ya que al año siguiente fue requerida su presencia en la Península para informar. Pero este tiempo no por escaso dejó de estar bien aprovechado, pues durante él redacta el libro *Descripción de la isla de Fernando Poo*, pionero en su género; levanta las primeras cartas marítimas del lugar; bautiza los picos de Santa Catalina y Soledad, y da el nombre de Punta Argelejos a unos de los salientes orientales de la isla. También hizo una amplia reseña de Annobón, especificando científicamente cuanto vio en ella, y aún tuvo tiempo de situar geográficamente las islas de Santo Tomé y Príncipe. Numerosísima documentación procedente de su mano enriquece los legajos del Archivo General de Simancas, del sevillano de Indias y del General de Marina en El Viso del Marqués.

Junto a Varela Ulloa son de destacar Guillermo Carbonell y José de Grandallana, otros dos adelantados de la aportación marinera en Guinea. El primero, comandante de la zumaca *Nuestra Señora de la Concepción*, practica en 1779 el primer reconocimiento minucioso de la isla de Fernando Poo, sobre cuya base debía proponer el pasaje más a propósito donde establecer el primer destacamento español. Carbonell cumplió satisfactoriamente su cometido, recalando en los pasajes más difíciles, poniendo nombre a la bahía de la Concepción y a las ensenadas del Canal, La Luz y los Pájaros, y reconociendo cuidadosamente la bahía de San Carlos. Terminada su misión, regresó a Santo Tomé para dar cuenta de su resultado al comandante del paquebote *Santiago*, en aquellos momentos la más significada autoridad naval expedicionaria, quien a su vez, con todo rigor y diligencia, entregó su informe a Primo de Rivera.

Y es precisamente el teniente de navío Grandallana, comandante del citado paquebote y uno de los primeros muertos de la Armada en Fernando Poo, quien con asentadas razones informa de la conveniencia de establecer un primer emplazamiento español en la ensenada de la Concepción; y con ese asentamiento en agraz culminará este primer ensayo de la presencia española en Guinea, en el que, a pesar de lo infructuoso e ineficaz de sus resultados y consecuencias, la Marina aporta lo mejor y más sano, evidenciando con ello una capacidad de sacrificio y disciplina que anticipa la de los días que aún habrían de venir.

Mucho antes que ningún misionero, finquero, comerciante o colonizador asentasen su huella en Fernando Poo, ya habían ofrecido el tributo de sus



vidas al servicio de España los primeros marinos de la Real Armada, quienes antes que nadie avistaron Guinea. Entre ellos figuran los citados Grandallana y Carbonell, junto al médico cirujano Sebastián de Montes, primer adelantado de la medicina tropical. Junto a ellos fenecieron 37 humildes marineros, de los que dieciocho yacen enterrados en Concepción, quince en Santo Tomé y siete en la inmensidad oceánica. Ninguno de ellos acudió con ansias de riqueza ni a lograr o acaparar hectáreas. Ninguno tuvo nunca la mente enfebrecida por el cacao, el café o la madera. En aquella gente que, enferma y abandonada, se consumía en un lugar del este de la isla sin esperanzas de relevo, sin privilegios, ayudas ni subvenciones, solo alentaba una razón de vida, un ideal señero, mentor de la presencia hispana con intangible voluntad de permanencia a despecho del propio olvido, el abandono, la incomprensión o la desesperanza.